

sidad. No te gasta la paciencia de los oídos su prolija repetición. No le cuestas colores al ruego. Como dispensador, y no dueño, las restituyes al pobre, corrido de que sea precepto lo que había de ser agradecimiento. Vuelves al cielo cuanto dél recibes. Gastas bien lo que mereces bien. ¿Por qué lo mereces? Porque lo gastas. ¿Cuándo lo tienes? Cuando lo das. No hay pobreza como gastar la vida en juntar para dejar con ella. No sólo no has tenido jamás una granjería con tan buena ocasión como se te ofrece, pero no has consentido á ninguno cerca de tu persona una sospecha; que no hay mayor distancia en lo criado que de tu condición al interés. Que no fueras mejor si no procuraras hacer á todos tus semejantes. Rotas tienes paces con el avariento, avariento ejército de bárbaros, castigo de sí mismo, estéril abundante sepulcro de su oro, que lo que tiene lo detiene, como la cadena al preso; que lo que menos tiene es lo que más guarda, y sólo su caudal es su pobreza; que, teniendo lo superfluo, no alcanza lo bastante; que se aborrece más que le aborrecemos; que no fía de sus dientes lo que debe á su vientre. Y así, cuanto tiene y no tiene lo hace pobre, pues cuanto tiene teme, y cuanto no tiene desea, sin saber para qué, sólo rico de sospechas, ladrón de sí mismo; tan suyo es como mío su tesoro: el arca lo tiene, no él. Si á nadie menos que á él es de provecho, tasadamente le falta todo lo que tiene, pues de sí lo guarda como de todos; y si es con miedos, ellos nos vengán de él. Viva. No sea presto agradable sacrificio de su heredero. Mas tú, gran Señor, haces agradecidos de quejosos. Tienes por mejor que el beneficio se pierda en el ingrato que en ti. Y, aunque la ingratitud convierte en agravios los favores, pues no sólo no reconoce á qué sol debe sus rayos, mas introduce noche en su esfera, y al bienhechor borra el retrato con la mano que le dió, con todo, no depende tu liberalidad de ajena ingratitud. Perdonas agradecimientos (aunque para agradecer no es menester caudal), porque tienes por paga la gloria de haberlo hecho. ¿Qué mucho que no cojas agradecidos frutos, si no siembras con la mano, sino con todo el costal? Sólo el sabio sabe agradecer. Mas ¿dónde le hallaremos? Este conoce que la antigüedad del beneficio

no envejece al agradecimiento, y que la obligación tanto crece cuanto se dilata.

Tu dulce compañera, la media de tu alma (desmintiendo gloria humana), llegó al hospedaje forzoso de la última urna. Yace en pira no bárbara: en poca ceniza; no en poco esplendor. Quien por una parte es imagen de Dios, por otra es tierra. Ceniza de caña parece á la de cedro. Nacimos desiguales; morimos iguales. La pálida muerte no esentó humana deidad. Más quitó en el ejemplo que en la vida. Después de muerta, no hay cosa más hermosa que el sol. Lloró cuanto enviudó de su alegría. Todas las flores de las Musas se emplearon en su túmulo. Lloráronla mis papeles. Fué polvo de mis escritos. Ni á los pedernales perdonó el sentimiento. Honróse el crédito de la fe. Aquella tu ventura al quitar creció ornato al Cielo, para que el sol descansa mientras nos mira, y tú (heredero de su amor, fino en las penas, como en todo,) te mostraste tan amante como amado, porque te dejó el bien perdido ingratas memorias que desataste en fuentes, debidas á tan legítimos empleos. Mas ¿qué mucho, si llegaste á deseo sin esperanza? Y ¡ay de amor que ha de apelar para de la otra banda de la vida! El occidente de tu sol fué de tu contento. Ardiste en fuego sagrado; de tu muerte esperanza nació tu viva desdicha. Tu voluntad, herida de la dulce memoria, logra hoy muertes de por vida. Mueres á manos de tu cuidado, que, como de casa, negocia á sus horas. Tu mayor pena es no acabar con ella. Amor inmortal cobra obligaciones inmortales. Muestras que el querer bien no es para dos veces. No (como suele) se llevó el viento las defuntas cenizas, ni se enfriaron en tu estimación, porque no amaste á la comodidad, sino á la persona. Pasa tu amor de donde piensa obligar. No (como espejo) retratas lo presente. No amó quien dejó de amar. Agota, Señor, las diligencias mudas de tus ojos, pues aunque viertas el corazón por ellos, no ha de igualar el llanto á la pena, ni la pena á la falta, ni la falta al deseo, ni el deseo al amor. Si no la razón, éntre á moderar el tiempo los excesos de la voluntad. No dure lo que á entrambos no aprovecha. Confieso que tienes corazón para sentir; confiesa que no tienes fuerza para sufrir. Medi-

cina de ausencia suele restituir la salud del amor más desafuciado. No hay gusto sin compañía. No añadas otros males al solo, solamente dichoso en lo que no goza. Que en medio lecho (campo de batalla impaciente á los halagos del común sosiego) desmiente á la noche títulos de quietud, y amanece cada día al lado de su disgusto. ¡Oh, gran madrugador lo aborrecido! Tú, Señor, espíritu diamante, pues cuanto amas desconfías, rompa la venda amor, y vea su daño.

Más se implica el ave aleando, en la liga. Repara en que el gusto es el corazón de la vida. Tan largo penar más parece costumbre que firmeza. Los peces del mar no sienten su amargura, y la costumbre embota el olor de la cárcel, y la tardanza hace incurable la dolencia. Si no puedes escapar, date á partido. Bracea contra el torrente de tus males, pues llegas á tanto bien como es no esperar (1) otros mayores. Tu ausente pisa estrellas, que le besan los pies, y viste gloria. Imita su color: no vistas penas (2). Mas ¿cómo quiero traer tu discurso á mi conclusión, si aquél es bárbaro amante de cautiva voluntad y libre juicio? Obstinada la

(1) En la edición original, no esperas.

(2) El lector habrá echado de ver mucho antes de llegar á esta página, así en el presente opúsculo como en el *Elogio al retrato...* y en el *Panegirico á la ciudad de Antequera*, que, como dije en mi estudio sobre ESPINOSA (páginas 303-94), se hallan con mucha frecuencia en estas obritas, «no ya versos esporádicos octosílabos, que á quien escribe se le escapan irremediabilmente á cada paso, sino, lo que es más para extrañarse, versos endecasílabos, formando muy á menudo frases completas y cortadas, y tal cual vez, no uno tan solo, sino dos consecutivos». De esta rara particularidad conjeturé entonces «ó que el autor, adrede, por hacer más entonada y poética su prosa, los hubiese esparcido y como salpicado aquí y allí, ó, como más probable, que al principio pensase en escribir en verso tales obras, y aun así lo efectuara, mudando después de propósito y dejando, bien aposta, ó bien por descuido, algunos de tales versos». El pasaje que ha dado ocasión á esta nota es, con toda probabilidad, un breve fragmento de una composición poética:

Tu ausente pisa estrellas,  
Que le besan los pies, y viste gloria.  
Imita su color: no vistas penas.

Esto parece entresacado de alguna de aquellas composiciones perdidas hoy, por las cuales ESPINOSA había dicho renglones antes, empezando á tratar de la muerte de la Duquesa: «Lloráronla mis papeles. Fué polvo de mis escritos.»

voluntad en precipitarse, sólo se ha de desear que la torre sea baja. No puede ser amar mucho y saber poco. Mas ya veo que herida de amor no teme otra llaga, y que el dolor es pequeño si se puede encubrir; y no por sacar la saeta queda sana la herida. Quejase tu prosperidad de tu melancolía, y quejas de desvalidos han de ser muy atinadas para no ser muy necias. Echa de ver que es vano el gozo del ave que come el grano en la red.

Quien no aprende méritos, estudia vanidades, como ciencia más fácil. Digo esto porque, lisonjeado el Inglés de sus verdes años, pobló el mar de hayas, vistió al viento Melinges. Las prendas de sus esperanzas empeñó en la Fortuna, y apareció sobre la bahía de Cádiz un día mal acondicionado de noviembre, en ciento y seis casas movibles, con armas no ajustadas, cuando el crepúsculo equívoco notificaba primeros agravios á las cosas y desmentía semblantes. Más enemigo cuando más obligado. No hay recibo en la cortesía que á la ingratitud no alcance. Quien dejó de ser amigo no fué amigo. Ya que fué necedad, todos pensamos que lo hubiera hecho dos meses antes. El aquilón victimario condujo en cóncavos linos aquella rubia res á la segur. ¡Ojalá debiera á su escarmiento lo que á su desengaño! Con rayos de plomo llamó alborotos. Crujieron los ejes de los nortes. Había proveído tu desconfiada prudencia aquella plaza de tanta defensa, que esta venida malogró las apuestas de la calumnia. Hasta el fin no se han de reprehender los consejos. El suceso desempeñó á tu recelo. Que la seguridad mucho promete al enemigo. Con las aguas de Escorpión se había descartado el presidio de gente y bastimentos, contra la porfía de tu dictamen. Estaba Marte enojado de paz. Siempre la dilación ofende al apercebido. Salteó el temor los pasos. El sobresalto echó grillos de yelo. Los alborotos que abortó el pueblo decían lo que no sabía la lengua. Las nuevas que se inventaba, él mismo se las creía. Grande número es el miedo, alto de cuerpo, persona de mucho bulto; lo que es cierto hace él dudoso. El mismo que obligaba á huir, impedía la huida. Faltaba todo lo que no era confusión. Duró la desconfianza hasta acordarse de ti. Lo que pudieras embarazarte en dudar echaste

en socorrer. Ni aun la priesa tropezó en el enojo. Peligro apresurado no quiere consulta espaciosa: deliberando qué sobrescrito pondrían en una carta, á una ciudad que pedía socorro la tomaron los enemigos. Tu presencia quebrantó las prisiones del miedo, y el orín, corónica del ocio, volvió á ser espada. Cuanto llegó á tu memoria convertiste en socorro. Del sobresalto heciste atrevimiento. Pensaras haber hecho nada si algo te quedara por hacer. A todos infundiste tu respeto. Tu honor envió los filos á las espadas. Envió las manos, envió los golpes, y envió la victoria.

Y, aunque tan sin gente, que uno sentías y otro mostrabas, aventajaste al peligro el remedio. Y, hallándote sin un real del Rey, de cincuenta mil ducados de tu donativo y de otras partes, enviaste cuarenta siglos de socorro en cuarenta días de cuidado. Quebraste los dientes á la fiera. Sacaste con su sangre la mancha del agravio. Con los alaridos de bronce, la negra blancura suya cayó en suceso. Con su arrepentimiento reparó lo inocente de rubio. Disimuló la huída con la obediencia del recoger. Dejó la vida en el aguijón. Potro por hacer pedía domador tan recio. Con alas vientos, huyendo de tus armas, daba en las Furias, que, ceñido el cuello con guirnaldas de víboras y manchando la luz con sus ojos, les impedía las chalupas. No es gustosa la liebre sino huyendo. A tu coraje satisfizo tu acero. Embarcándose apriesa, fué la primera necedad que dexó de hacer. Volvióse desacomodado de gusto; deshaciendo la razón por que vino; la vergüenza, enrojecida, le hizo la costa. Dos veces la venciste; con beneficios y con armas: con los caballos, dadivoso; y con las armas, valiente. Hoy el sañoso Neptuno (peinando las arenas con las olas, todavía coloradas) desentierra tantas lástimas, blanquean(1) tantos cadáveres entre las rugosas veneras, que parece no cesó la matanza con la batalla. La mejor sangre de España corrió en favor desta herida: á treinta y seis señores (doce grandes) diste tu mano derecha. No faltó el embarazo á los puntos de la cortesía: gran cosa es ser emi-

(1) Así en la edición original; quizás escribió ESPINOSA *blanquea*.

nente entre insignes. El mayor triunfo pedía la mayor pompa. Vióse un buen capitán buen compañero. Tantos y tales convidados te llenaron las manos del deseo; y tener huésped sin gemido es de muy necio, ó de muy amigo. Como en todo, ecidió tu condición á tu obligación. Que el cielo fructifica; no el campo. No por eso vendiste estimaciones. Diste al fiado tu majestad, y de barato el cortejo; que la ocasión muestra quién es cada uno. Heciste ostentación de despreciar la ostentación. Mayor es que lo grande quien lo desprecia: que trueca sus intereses por su fama. Que el que sabe dar á todos, mucho recibe de todos. Vendrán millares de años, y muchos pueblos y gentes que te alaben de balde á medida de la distancia. La presencia abarata la estimación y no tiene á mano la boca. Es muy de sabio dar fin á su felicidad. En Cádiz ganaste la vitoria; en Xerez, la corona. Por beneficio de la razón has llegado á no desear ni temer. Das á tu grandeza esplendores poco costosos; sufres esa magnífica pesadumbre, más por constancia que por voluntad; no como deseas, sino como comenzaste, y así, á la fortuna no haces menos aplauso que cuando favorable. Siendo tan liberal de tu hacienda, te veo tan aprovechado dispensador de la real y tan menudo, que pudieras ser prior ó mayor-domo. En llegando á gastar la del Rey, aborreces á cuanto te parece á ti, y, pareciendo avaro, queda infamada la verdad.

Pues en razón de puntual en servirle te aventajas á aquel Alonso (más leal que padre), pues te matas á ti, ayudado de tu alma. En todo estás sino en ti, sin quedar á deber paso á la diligencia. Pues, Señor, ¿qué lealtad llega á hacer bizarría de la calentura, y á decir que mirar por la salud es de licenciados? Repara en que hoy te sangraron; estás en cuerpo, mejor diré en espíritu; llueve; el cielo se viene abajo; el Océano te embiste, para apagar tu ardimiento, ó por besarte los pies. Desde tu casa alistaras esos navíos de socorro y ajustaras las auras á los linos. No te atrevas á ti, para dar cabo de todos. Mas ¡oh eceso de ti mismo! menos cuidas de tu persona que de tu oficio. ¿Quién será suyo, si así te mira atento? Mas ¿quién podrá mirarte descuidado? Capitanes, ¿qué os pasmáis en esa playa? Pasad los ojos á las manos. Mirad

vuestro capitán doliente, lleno de mar. ¿Llamaréla demasia, ó fineza? Llámola fineza y demasia. Tal asistes á los despachos reales, á los presidios de África. No repartes con mañana, ni con ajeno cuidado. ¿Qué interesas? Más peligro que estima. Inquietas con tus atrevimientos tu salud y nuestra dicha. Nada dejas difícil á la muerte. Y ¡que quieras más sufrillo que remediallo! Pues á quien más importa tu vida es al Rey. No te olvides de ti á costa de tu gusto. No te des al rigor de tu aliento. Por manos mercenarias, ¿qué costa le tuvieran semejantes aprestos? No son lágrimas compradas las que gastan cabellos. No lloran, sino lo muestran. Cudicia mercader vende obligaciones y compra profesiones. ¡Infame razón de estado, no conocer otro respeto que al interés! Mira que no está bien á tu ánimo ser siempre desafiado de imposibles. Lleguemos el esamen á la sospecha. ¿Qué hace al caso que hayas enviado tantos y tan sazonados socorros, pacificado la hambre de aquellos estómagos de avestruces, tal, que faltando á Sevilla, sobra á los presidios, brindándoles con vaso no medido, y (juntando tus deseos á sus desdichas) haber repetido aciertos con menos comodidad que gentileza; que hayas ofendido con lástimas tu noticia oyendo las lágrimas que delante de la voz te han enviado (que la necesidad es muy elocuente en la persuasión); que hayas llegado á cansar representando sus trabajos y que no es menos que su necesidad su peligro, hasta padecer naufragios en tormentas ajenas? ¿Qué importa, poco atento discípulo de tus esperiencias, que, mientras repites súplicas en vano, hayas empeñado el caudal y la esperanza en lo incierto, y aun las prendas de la reputación, pescando en agua turbia, hasta hacer sospechoso el crédito, y no sé si la conciencia? Porque ¿qué hacienda especial ó pública no has saqueado para enviar? Los bienes que el Cielo depositó en tu fe has ofrecido á aquellas necesidades, mejorados en tu condición. Tan pobre estás, que te podemos tener segunda vez por bueno. No desdican tus obras de tu nombre, pues veo tu caudal degollado con las mismas víctimas, enviando á tu costa las compañías. ¿Qué importa, pues, que para fiar tantos socorros del albedrío de un soplo, de la cortesía de una contingencia, introduz-

gas racionales afectos á las ondas, tal, que jamás han cobrado las fianzas del viento, y todo ha llegado en las palmas de la dicha? Y siendo así que una ha menester á otra, y no hay poder que no necesite de otro poder, y lo que da la Fortuna no puede ser más firme que ella misma; si todo no ha ocasionado pasos al remedio ni pensamientos á la atención (supuesto que el yerro mayor es no remediar el yerro), habiendo llegado á tanto la necesidad, que (por falta de andrajos) se visten el esparto con que van rodeadas las botijas, y están sin esperanza de salir de aquel infierno, como condenados, ¿estos dolores han de ver tus ojos sin poderlo remediar? Bástante los tuyos, sin prohijar como árbol inserto hojas extranjeras. ¿Hasta cuándo milagros? Ya los pechos liberales pagan sangre. Por ventura, ¿bastará arrimar el ardid á la dificultad, vestir bríos y afectar diligencias, embargando, rogando, amenazando y temiendo? Ya no estamos en tiempo. No sólo remedios han faltado, sino minorativos.

Doy que socorras cuatro ó ocho meses, en fe de tus diligencias. Doy que haya dinero y tiempo. ¿Dónde están los bajeles? ¿Dónde los oficiales, manos de la voluntad? Tus vasallos y criados tienes apurados; infamado tu puerto. ¿Qué piensas que has sacado de tus no ultimados deseos? Que, alambicando finezas, has quebrado los alambiques. Doy que tu fatiga hubiera conseguido gloriosas recompensas; que el que obliga, cobra, y ninguno quiere ser bueno ni malo de balde, ni sudar en vano. Pregunto: cuando se pierda alguna de las plazas, ¿será bien se diga que cuidaba della el Duque de Medina? Fuera de que hasta ahora no te las han encargado. Y ¿hay cosa más miserable que temer lo que se espera? El ocupado es infelice; mas si la ocupación es sin premio, ó ajena, es infelicísimo; pues ¿qué será con daño? Confieso que la paciencia no cabe sino en ánimos grandes. Pues vives de prestado, presta paciencia, pues de tal manera sufres, que parece que no sientes. Deseos hay que parecen maldiciones de enemigos. ¿Para qué admites peso que desalentara á Atlante? La hambre no se aplaca con buenos deseos. Muchos días has servido á su Majestad con esas plazas, especialmente la Ma-

mora (en quien están heridos los que están por nacer), y de nuevo te la debe cada día. Si es honra, pase á otro, y si trabajo, también. Tuerce el ánimo á la atención. La llave de la honra no entregues á la fortuna. El médico sabio se despide antes que se le muera el enfermo. No perseveres en los imposibles: en guardar sin manos lo que está en poder ajeno. Mas ¿qué astucia querrá entrar á besar las manos á este león, si ve las pisadas de los que entran, y no de los que salen? Perder la salud y la hacienda, pase; la reputación, ¿por qué? Miro que el reparo es poco y el temor no poco, y que no peligran tanto en las armas como en la necesidad; y que, con un vendaval, ni aun el precio intercederá por la hambre; y que la falta empeora cada día á la condición de los manejos. He visto ya el relámpago, preámbulo del rayo. Pues, avisando el edificio con estremecimientos, ¿qué aguardamos (1)? Tengo á cordura (según esto) morarme en mi sentimiento, y no desasirme de mi opinión, y más reparando en que (habiendo ceñido, en una misma pérdida, tu caudal y tu vida) pidiéndote de nuevo, te hacen cargo de lo mismo que les has dado. Un solo exemplo desempeñe mi sentencia. Dexo los muchos del tiempo de Escovedo. Ayer el morabito Ayax (no escarmentado de los sucesos) sitió á la Mamora, con tanta porfía, que casi igualó las obras á las promesas. Ostentó en su rabia las insignias de su sanidad. Por poco anticipa el efeto á la pretensión. Más armado de saña que de acero, se rozó con el nuestro, asistido de la Fortuna. No con bárbaro Marte ni atajado discurso, perseveró pertinaz á nuestros ultrajes, más fixo que el Norte. Con algazara cubrió el cielo de cuarenta mil agravios. ¡Ojalá no se pierdan en tu oído! Ningún agareno éstos se le escondió en la oscuridad de su bajeza. Antes faltaban á su vida, por no faltar á su obediencia. Tanto apretó los cordeles, que los nuestros confesaron apagados los bríos del desmayo. Ningún día se privilegiaron de muertes. Discurrió por las venas inundación de sangre alterada. No hubo venenos vedados á su amarilla hambre. Comían para morir lo que, por medicina, no comieran

(1) En la edición original, ¿qué aguardamos?

para vivir. Llegaron á la última cobardía, que era desear la muerte. Su necesidad obró maravillas en tu cuidado. Reduciste (*sic*) á las manos las potencias. Para enviar socorro heciste juntar caudales á la Naturaleza y la Fortuna. Amancillado con sol, profanado con polvo, echaste toda la tierra en la mar. Ahora lo dije. En gracia de tus afanes remitieron el ceño los vientos oscuros y la mar se olvidó de que lo era. Entretanto, tú (más desconfiado que el mismo temor) te carcomías de sospechas, langosta de la esperanza, hasta saber del suceso. Los recelos (por lo que tienen de villanos) te madrugaban. Los buenos sucesos tuyos y los malos ajenos te tenían (á fuer de amante) siempre gozoso ó triste, y así, traíamos hechos los pésames y los plácemes. Como cuando ciertos bajeles (que salieron de otros puertos ¡oh hasta en ajenas desgracias acertado!) en la barra de Mamora, rotos por las rimas los pinos, hicieron cortesía á mucho Océano. Tenías cohechada á la Fama en los vendibles avisos de los moros; que la fe bárbara es la primera que se va tras el interés. Y cuando aguardaban todos la irrevocable desgracia de «ya está hecho», sobraste con tu divino ingenio á la fuerza. Tanto se vale la guerra del tiempo como de las armas, y el consejo es más prestante que la fortaleza. Diste parte al castigo del delito; triunfando sin herida, venciste dos veces; que tuvieras á corta gentileza deslucir tu acero con su sangre. Dispusiste, con el general (presidente de la curia náutica) que luego se permitiese al viento á toda ropa, y los acometiese, con la apariencia de los galeones, sin arrojar áncora de la proa ni perder un soplo, al respeto de su marinaje. La piel de león remendó Hércules con la de raposa. Que gloriosamente se añade el engaño al valor. Desagraviaste los ecesos de tu confusión. Porque no fué menester más para que por mucho tiempo no fuesen de provecho sus pulsos y se les cayese el corazón á los pies, á cuya diligencia cometieron la de las manos, avergonzados que su carrera se prendiese en lazo tan floxo. Después hallaste la artillería enterrada. Entre los aciertos de la guerra, el primero es la ocasión, y luego la presteza. Sabio el que ase á la ocasión, aunque sea por un cabello. Tus fieles deseos merecieron fieles correspondencias.

Heciste la paz más agradable, alcanzada por sabiduría. Consideremos, pues, de cuántas dichas has necesitado para vadearte con esta sola. Fíate (según esto) de tus desconfianzas. Da crédito á tus recelos. No esperes de otro verdad que de tu razón. No te vengzan los que no merecen ser vencidos de ti. No te engañes, á hurto de ti mismo, con amagos de Abraham, con ademanes sin efecto, con voluntades siempre encarecidas y nunca ejecutadas, legítimas consecuencias para presumir mayores yerros. No te hagas tratante de necesidades ajenas; que serán grandes tus intereses. Merezca tu atención mi deseo. Ya que no de oro, hubiera corona de laurel. La ingratitud (alquimista) convirtió largas obligaciones en cortas palabras, buenas para pésames ó visitas. Pasado el río, se olvidó el santo. Ecede á ingrato el que no se acuerda del beneficio, aun mientras le recibe. Quéjese, pues, de lo que le falta quien no se acuerda de lo que le sobra.

Siendo así que no es libre el cautivo de su oficio, á vuelta de tus fecundas ocupaciones, que de una nacen ciento, atareado al afán de tan magníficos títulos, por ventura, ¿tirarizan á tus propios cuidados del alma los ajenos? No, cierto. En medio de esos tropeles estudias tu sepulcro y te ensayas á la muerte. Con esa aguja labras su memoria. Cada día frecuentas tu monumento, vana pompa, aunque de cien alabastros. De aromáticos leños construyes nido, en que, fénix, te reserves y desmientas á esperanzas vanas. Bajas tu alteza á lo llano. No importa dónde se comienza, sino dónde se acaba. Sabes que lo que se siembra en la vida se coge en la muerte; que presto volverá el tiempo por lo que dió, y, habiendo de dejarte la vida, por no aguardar á esa injuria, con el afecto la dejas tú primero. Porque es la alhaja menos estimada al que sabe conocer su miseria. ¡Necio quien no logra desvelos á su muerte! ¡Infelice quien la aguarda toda junta! ¡Dichoso el que la repite cada día! Que la mucha conversación ocasiona su desprecio; que su miedo crece mucho arriado á la ignorancia. Háceste de casa, porque cuando venga no quite más que la vida. Sabes que mueres desde que naciste, y que no hay hora en que la muerte no saque tierra de tu sepultura.

Ayúdaste de su azada mordaz, juntando las manos á la fe. Cierra tu prevención la puerta al miedo; que los medios se han de abrazar cuando el fin es conveniente. Causa donaire que todos traten de vida larga, y pocos que sea buena, pudiendo todos vivir bien y ninguno mucho. Lo menos de la muerte tememos, que es sólo aquél punto; lo más de la muerte reímos, que es toda la vida. Has aprendido en la escuela del sepulcro que construyes que la muerte no se siente. No daña al vivo ni al muerto; al vivo, porque no es ella; al muerto, porque no es él; que antes pasa que haya llegado. A todos los días alaba el último, y tú (memorioso dél) lo visitas cada día. Luego el día del entierro te alabamos, y, como muerto, despreciando tus alabanzas, haces que parezcan tuyas. Para repasar esta lección de Filosofía es tu soledad (menesteroso presidio del alma); en ésta, sellando el labio la paz, compones diferentes intentos debajo de un mismo silencio. Después de ser de provecho á todos, no quieres que te usurpen hora, pues no tiene recompensa equivalente. No hay cosa que más falte que el tiempo.

Pacíficas las sediciosas borrascas del entendimiento; que lo turbio se aclara con reposo. Defiendes la fruta con la hoja, y con la cerradura la casa. Vid podada, más frutifica. Río, donde más manso, más profundo. Sin valientes impulsos divinos no pudiste dar en tan acertado secreto. No tanto por estar sin otros, cuanto por estar bien acompañado contigo, eres tu huésped y tu compañero. Quien ha de morir para sí es razón que viva para sí. Para este vivir se concedió la vida. Pasas cerca de ti con tu esperanza. Y lo que para ti deleite es para nosotros doctrina. Tú, que haces felices á tantos y cumples el deseo de todos, el tuyo es de soledad y de reclinar tus últimos años en su paz. ¿Qué más rica posesión que tan hermosa esperanza? Hablas con afecto del día que te desnudes de tu grandeza. Nosotros vemos que es altura; tú la juzgas despeñadero, de quien, si no es á espacio, no se puede bajar sino cayendo, y no deleita lo sublime que amenaza ruina. Fuera de que, aun ahora, esa dignidad y ilustrísima pesadumbre no te conoce. Plato es repetido. Viuda la recibiste; otro la gozó virgen. En dejándola tú, tomará otro marido; que siempre lo aguarda de la

mano del tiempo. No tiene más de bueno que el engaño de parecerlo. Por eso no guardas fe á quien ninguna te guarda. El que pone su felicidad en cosa temporal es miserable. Y también desprecias mandar; porque la virtud está en obedecer, y es locura hacer majestad de lo ajeno: de los que nos han menester y de su miseria. Preguntará el forense profano: «¿Para qué es la soledad? Por ventura, ¿escóndense allí á falsear los privilegios á los hados? ¿Halagan á la ociosidad, orín del ingenio? ¿Niéganse á los cuidados? ¿Sóbrales tiempo? ¿Juegan con el candelero á puerta cerrada? ¿Barajan en seco? ¿Desembarázanse de la nota? ¿Desabrochan los apetitos angustiados?» El que con eso se contenta agradézcalo á su ignorancia. Porque, aunque es verdad que este monte, arrabal del cielo, divisa lo que de cerca no se conoce, y se ve á un tiempo desflorece lo mismo que florece; la mejor salud, enfermiza, hecha una botica; los juegos de la fortuna, quitar hoy lo que dió ayer; con una mano abrazar el trigo, y con otra arrimarle la hoz; apretar cuando abraza, y dar favores y no méritos, no se viene á gastar atención en eso. Ni á ver pasar por el camino á los forzados de sus pasiones, y con el ruido de sus cadenas hacer música á su llanto. Ni á los que buscan fama en su delito. No á ver los teatros hechos cadahalsos, infamados los remedios con la reincidencia, y mucho menos á no recatar atrevimientos, agravando en poco lecho mucha primavera, ni á reparar en las lisonjas de cristal que granjean los ojos, ni á inquietar el vulgo lego de las aves, ni en los estanques los traviesos silencios escamados, sino á ser útil á todos, huyendo de todos; á estar en el mundo lejos dél; á tener á prisión los deseos; á no incurrir en desgracia del seso, y al alma que iba á dar de ojos, darle la razón la mano; á degollar los gustos en víctima de los yerros; á ser útil para sí con la memoria de su fin; á que las manos de Dios no estén sin testigos. Que sus obras no sólo quieren ser miradas, sino entendidas. Sólo el lugar no mejora; mas el hombre hace á la soledad de su condición. Es huida; no seguridad. Porque ¿dónde estará seguro el que se lleva consigo? ¡Peligroso compañero! Mal huye el corcillo de la flecha que lleva atravesada. Con todo, obligacio-

nes tuyas y de un padre de cien años retardan repetirme á su silencio. A alguno parecerá tu Jardín aliento de tu carrera. Porque su bruto cuidadoso desaliño rompe al año doce libreas; sus calles, de porfiados mayos, ofrecen á la mano floridas tiranías de la atención. Los árboles de constante verdor, moradores del viento, pagan su riego en sombras floridas á las fuentes, que, desatadas en quejoso cristal, persuaden gozos con discurso de perlas. Éstas, olvidadas de su principio, inciertas de su fin, acometen al cielo con diluvios y bajan, polvo de estrellas, á las tazas de mármol. Culta Flora, apeada del cielo en los azándares, crece ornato á las eras, y logra hermosuras en la variedad. Sobre riscos de aradas conchas y estriados nácares blanquean en alabastros elegantes milagros del cincel. Las pinturas porfían valientes contra la verdad del relieve. La porcelana y el cristal salen del camarín vendiendo estimaciones. La errante monarquía sin ley (en la jaula de mil pasos, volando prados y cantando flores) trinan músicas travesuras. ¿Quién dirá, pues, que aquí tus ojos no descansan del alma? Pues sepan que no son tus penas las que se visten de verde. Perdiste la esperanza en la posesión. Corto alivio del enfermo es el ¡ay!, y más al que del hospital del Amor lo pasaron á los Incurables. Ocupada el alma en sus penas, no pasa la hermosura de la vista; antes tanto le cansa el alivio como el daño, porque tan contenta se halla de estar triste, que la haría triste estar contenta. No digan que se entretiene el que corre fortuna en el mar de sus ojos; que tener buen gusto no es tener buena dicha, y los príncipes también beben lágrimas como los hombres. Allí te leemos el conmonitorio de Focílides, la doctrina de Epicteto (1) y Séneca, las cartas de San Pablo, los libros de Job, los Sapienciales de Salomón, y no permites segundo período hasta poseer el sentido del primero y pasarlo al entendimiento. De aquí sacas tu invencible paciencia, aunque provocado de ocasiones dentro y fuera. Esta virtud es vaso donde se juntan todas, y, quebrado, se pierden. Antes te falta la voluntad de quejarte que la

(1) En la edición original, por errata, *Epito*.

causa. Trabajo pierde, hierde el aire vacío quien pretende no dejar cosa por remediar.

La Fortaleza no ha menester á la Ira. Donde ésta se halla, sobra el enemigo. Es breve locura, peligro de la vida, valentía de cobardes, motín de la sangre, confusión de sí misma. Perdonas siempre á los otros, y á ti jamás. Admites disculpas, aun las indiciadas de inobedientes. Mas con que no se haga dolencia la medicina, merece la flaqueza perdón, no indignación, si ya no es la culpa de la voluntad. En tus dolores íntimos, á ninguna cosa indigna te permites. Háceste sordo á sus gritos, aunque la vida tienes de no bastante sangre entretenida, turbado el pecho y amarillo el vulto, y el sueño reñido con los ojos; que ni el marfil hace más acomodado á Morfeo, ni evita el panarizo la mano anegada en diamantes, ni ceñir un millón en cada artejo. Y, aunque lo que cada uno padece tiene por más grave, no te haces de parte de tus males para echar un borrón en tu discurso. Grande mal es no sufrir el mal. No sólo eres invencible con armas, sino con flaqueza. Perderías la fuerza; no el ánimo. La rosa huele bien florida y huele bien marchita. No amenazas con ojos perjuros, aun de su luz escasos. Los desabridos desaires, lo arrojadizo se retira de los placeros labios al corazón; que lengua injuriosa dice ánimo vil. La cara dices que es para otros, y el corazón para tí. Parece que uno sufre y otro habla. ¡Heroica valentía negar la voz al tormento! Atrevidamente lo digo, con sentimiento de la experiencia. Parece has declinado jurisdicción de humano. Cuando (por ser puntual á tus obligaciones) sufriste que un mosquete se burlase con tus ojos, no sólo no te despojaste de tu semblante, mas te cobraste á tu magnánimo corazón y te vedaste á la ley del gemido. No cediste, mas sobraste al dolor, y nos animabas á que no lo sintiésemos nosotros, siendo así que, apretado el corazón de un duro yelo, no cabía desde el pecho á la boca. Y cuanto más (sin faltar á las compañías), trocaste por un lenzuelo los cirujanos, confiando á tantos ojos como asistían á tu semblante. Cierito, Señor, que en poca obligación te están los tuyos, pues en su riesgo mayor, te diste por desentendido de su dolor y hospedaste en tus entrañas un risco.

En tus dolencias ordinarias haces buen enfermo, porque ya eres bueno. No aguardas á aprenderlo al tiempo, que no sabes si verás; á la vejez, inhábil de briosas empresas. La edad ni la flor no mejoran en la tardé. El tiempo con el tiempo se empeora; y de la enfermedad ni del cuerpo no se aprende cosa buena.

¡Oh, sin socorro de hipérboles, admirable! Inspírame la gloria que te mereces; honra en mí lo que es tuyo. Apadríneme tu agrado, de quien son discípulas las auroras, que enfrena ríos y desata montes; cadena de oro con que atraes á ti (como Hércules) las gentes, engazadas de las orejas; cuyas luces, relación del alma, se esplican más retóricas que las más selectas voces. Que tu presencia (con ser tan útil) se busca más por afición que por interés. Tu agrado (yerba del pito, que abre cualquiera cerradura), la más temprana flor de tus mercedes. La calamita del acero, más presumido que el cielo; que aquél no ha intentado leyes al albedrío, ni tiranizar jurisdicción á la voluntad, y tu agrado ha salido con ello. Lo más difícil es agradar á muchos, y el cielo no puede á todos. Mas tú, siendo tanto Príncipe, no tienes criados, sino amigos. Todos te aman derramadamente; no á tu fortuna, sino á tu persona, porque ven á tus palabras asomadas á tu voluntad, y delineada el alma en el semblante. Y para amar ó aborrecer no hay otro hechizo; que el que teme presente, ausente es enemigo. En tu casa ninguno halla defendida la entrada de portero, que con venal austeridad, desconfía de tus umbrales. No empeñado en cortinas corridas, te dispensas á precio de esperanzas: todos te hallan luego, alentados con tu voz ordinaria: «Entre quien quisiere». ¡Qué fácilmente nos vamos á lo natural! Y con todo esto, cuando te retiras á tu majestad, el respeto hace el papel del miedo. Los soldados te temen más que al enemigo. Mas quien te experimenta formidable es el detractor que pretende profanar el sagrario de tu advertencia, trayendo ajenas acciones á su lima: éste se halla en tu severidad, ó lamido del fuego, ó fulminado. No entras en compañía del que peca. No te cohecha el gusto con la vianda ordinaria, cebo de la inclinación. Por las palabras que salen lastimadas de sus dientes descifras las enigmas de su intención, y así, le enrojeces, vitupe-